

introire in regnum Dei. Quod natum est ex carne, caro est: et quod natum est ex spiritu, spiritus est. Non mireris quia dixi tibi: Oportet vos nasci denuò, spiritus ubi vult spirat: et vocem ejus audis, sed nescis unde veniat, aut quò vadat: sic est omnis, qui natus est ex spiritu. Respondit Nicodemus, et dixit ei: Quomodò possunt hæc fieri? Respondit Jesus, et dixit ei: Tu es Magister in Israel, et hæc ignoras? Amen, amen dico tibi, quia quod scimus loquimur, et quod vidimus testamur, et testimonium nostrum non accipitis. Si terrena dixi vobis, et non creditis: quomodò, si dixerò vobis cœlestia, credetis? Et nemo ascendit in cœlum, nisi qui descendit de cœlo, Filius hominis, qui est in cœlo. Et sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto; ita exaltari oportet Filium hominis: ut omnis, qui credit in ipsum, non pereat, sed habeat vitam æternam.

De verdad, de verdad te digo, que el que no renazca por medio del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es engendrado de la carne, es carne: y lo que es engendrado de espíritu, es espíritu. No te admires porque te he dicho es menester que vosotros volvais á nacer: el espíritu inspira donde quiere, y oyes la voz, pero no sabes de dónde venga, ni adónde vaya: así es todo aquel que es engendrado del espíritu. Respondió Nicodemus, y le dijo: ¿Cómo pueden hacerse estas cosas? Respondió Jesus, y le dijo: ¿Tú eres maestro en Israel, y lo ignoras? De verdad, de verdad te digo, que hablamos aquello que sabemos; y testificamos lo que hemos visto, y vosotros no recibis nuestra deposicion. Si os he hablado de cosas terrenas, y no me creeis, ¿cómo creeréis si os hablare de cosas del cielo? Ninguno, pues, sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre que está en el cielo. Y así como Moisés levantó en el desierto la serpiente, de la misma manera conviene que sea levantado el Hijo del hombre: para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga la vida eterna.

MEDITACION.

DE LA PENITENCIA NECESARIA Á TODOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el cielo se conquista con violencia. Renunciar la penitencia y la mortificacion es renunciar el cielo. Es menester renunciar el mundo y sus placeres: es menester llevar su cruz, vencer las inclinaciones, resistir á las pasiones, domar el amor propio: es menester amar á los enemigos, aborrecerse y perseguirse á sí mismo: este es el camino derecho que guia al cielo: él está sembrado de espinas; pero no hay otro, y es menester seguir este si queremos llegar allá. Cualquiera otro camino, cualquiera otra senda desvia de aquel término. ¿Y es esta la que nosotros seguimos? ¿No marchamos por un camino enteramente opuesto? Y en este caso, ¿cuál será nuestro paradero? Es indispensable seguir este camino real. Somos pecadores, preciso es hacer penitencia: somos cristianos, es preciso seguir á Jesucristo: fuimos criados para el cielo, preciso es llegar allá, cueste lo que costare. No nos parezca que estas razones se hicieron para los demás, y que no hablan con nosotros. Pero segun se vive y se discurre el día de hoy, parece que se reputan estas grandes verdades como verdades de antaño, que ya no rigen. Esa penitencia indispensable á todos los pecadores, ¿es por ventura en estos tiempos la virtud de las gentes del mundo? Esa penitencia indispensable á los mismos justos, ¿es por ventura en nuestros días la virtud familiar á todos los cristianos? Pero este camino sembrado de cruces y de espinas solo es áspero á los que tímidos y cobardes no se atreven á entrar por él: mas una vez que le emprendan con resolucion, una vez que comiencen á caminar con fervor, todo se les allana: no solo se les hace suave, sino gustoso. Las

flores de que al parecer está sembrado el camino de los malos, muchas veces se convierten en espinas; ¿pues porqué las espinas, de que parece sembrado el camino de los buenos, no se convertirán también en flores muchas veces? La virtud que se ejercita, la gracia de Dios que nos sostiene, la esperanza tan bien fundada de llegar al dichoso término de la carrera quitan á la penitencia todo lo áspero, todo lo duro, todo lo amargo que tiene. Aunque nos parezca intrasitable este camino, acordémonos de que los santos anduvieron por él con alegría, animándolos el ejemplo de Jesucristo. Sigámoslos con valor y con fidelidad, y experimentaremos las mismas dulzuras, los mismos consuelos, la misma facilidad.

PUNTO SEGUNDO.

Considera la necesidad que todos tenemos, no solo de amar la penitencia, sino de hacer frutos dignos de penitencia. Frecuentemente recaemos en las mismas faltas; en todas las confesiones nos acusamos siempre de los mismos pecados, porque no nos aplicamos á descubrir el origen de ellos, á fondear nuestro corazón, á poner en ejecucion los medios eficaces para corregirnos. Acusámonos de las distracciones, de las negligencias ordinarias en el servicio de Dios, de las imperfecciones acostumbradas, y no pensamos en sofocar ese espíritu de orgullo y de vanidad de que estamos poseidos; esas secretas aversiones, esas emulaciones malignas, ese desordenado amor de nosotros mismos, inficionadas fuentes de todos nuestros pecados. Cortamos las ramas, pero dejamos intacto el tronco que rompe luego en nuevos retoños. ¿Queremos lograr el intento? pues cortemos hasta las mas pequeñas raíces. Recaemos con frecuencia en las mismas faltas, porque antes de confesarnos paramos poco la consideracion en la gravedad y en las conse-

cuencias del pecado. Recaemos en ellas, porque nos falta la contricion necesaria, la sincera y la eficaz resolucion que debiéramos tener. Nos avergonzariamos si faltásemos á la palabra dada á un hombre de consideracion. Pídenos Dios que tengamos con su Majestad este mismo miramiento: ¿será esto pedirnos demasiado? Pídenos que nuestra penitencia, cuya indispensable necesidad tenemos tan conocida, dé en fin algunos frutos, ya que hasta aqui solo ha dado hojas y flores; y que estos frutos lleguen á madurar, que sean dignos de presentarsele, que sean en fin frutos dignos de penitencia. Comencémoslos á hacer desde hoy mismo hasta la muerte. Destruyamos en nosotros el reino del pecado; huyamos con presteza todas las ocasiones de cometerle; ejercitémonos continuamente en las buenas obras que corresponden á nuestro estado; satisfagamos á la justicia divina con perpetua penitencia; tengamos siempre un corazón contrito y humillado con verdadero deseo de satisfacer á la divina justicia, aceptando por lo menos con amor y sin quejarnos los trabajos de esta vida debidos á nuestros pecados.

Esta es, Señor, la gracia que os pido para hacer aquella penitencia saludable, de que no están dispensados aun los mismos justos.

JACULATORIAS.

Tibi soli peccavi, et malum coram te feci. Salm. 50.

Confieso, Señor, que pequé muchas veces contra tí, siendo tú solo testigo de mis maldades: sedlo también de mi amarga penitencia.

Ipsé me reprehendo, et ago pœnitentiam in favilla, et cinere. Job 42.

Acúsome, Señor, y repréndome á mi mismo de mis pecados, y desde este mismo punto voy á hacer penitencia de ellos deshaciéndome como pavesa y ceniza.

PROPOSITOS.

1. El ejercicio de la mortificacion interior es una especie de penitencia de que ninguno tiene razon ni derecho para dispensarse. Fué comun á todos los santos, y es muy conocida de cuantos verdaderamente desean ser perfectos. No es menester mas que atender bien al espíritu de Dios: es tan ingenioso el amor de Jesucristo, que aun á las personas mas groseras les inspira desde luego industrias y medios para mortificarse muy superiores al ingenio de los hombres mas sabios; y en este género se pueden tener por una especie de milagros. Todo les sirve de ocasion para vencer sus inclinaciones; no hay tiempo ni lugar que no les parezca muy oportuno para mortificarse, todo sin traspasar las reglas de la prudencia y del buen juicio. Por ejemplo: bátales tener una gran gana de ver ó de hablar para bajar los ojos y para coserse la boca. La curiosidad de oír noticias, el deseo de saber lo que pasa, lo que se dice ó lo que se hace; la gana de ver á una persona, de contar una novedad, de saber el fin de un negocio que interesa á muchos; en una palabra, toda ansia es materia de mortificacion no satisfaciéndola, tanto mas meritoria, quanto es mas frecuente y menos pública, pues solo tiene á Dios por testigo. Imita este excelente ejercicio.

2. No hay materia mas fecunda que la que todos tenemos para ejercitarnos en la mortificacion interior. Descendamos á casos particulares, que es la mejor instruccion. Una palabrita dicha á tiempo, una zumba ingeniosa, una discrecion, una agudeza puede acreditar mucho en una conversacion, pero tambien puede ser materia de un precioso sacrificio. Apenas hay hora en el dia en que no se nos ofrezca motivo para alguna mortificacion. Está uno en pié, ó esté sentado, siempre podrá encontrar alguna postura incómoda,

sin que se conozca hácia afuera. Hállase en alguna ocupacion muy seria : interrúmpenle cien veces; pues cien veces se deja interrumpir en su tarea con tanta mansedumbre y con tanta urbanidad como si en nada estuviera ocupado. El mal humor de un sugeto con quien se vive, los descuidos y las faltas de un criado, la ingratitud de una persona á quien se sirvió en algo; todo esto puede ejercitar bien la paciencia de un hombre sólidamente virtuoso. En fin, las incomodidades del tiempo, de la estacion y de las personas, que se padecen sin dar á entender nada, son á la verdad pequeñas ocasiones de mortificarse; pero la mortificacion en estas pequeñas cosas no es pequeña, y bien se puede decir que las mayores gracias suelen ser frutos de estas cortas mortificaciones. Tampoco es pequeña mortificacion el no dispensarse en la mas minima obligacion, costumbre ó acto de comunidad; el conformarse en todo con la vida comun, sin respeto á su inclinacion, á sus empleos, ni á sus años. Este es el manantial mas fecundo de gracias extraordinarias, y por decirlo así, de la misma santidad.

DIA DIEZ Y OCHO.

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA;
ARZOBISPO DE VALENCIA.

Santo Tomás de Villanueva, ornamento de la iglesia de España, nació en Fuenllana, lugar pequeño de la Mancha, el año de 1488; pero se crió en Villanueva de los Infantes á tres leguas de dicho lugar, por serlo de su padre, y de él tomó el sobrenombre de Villanueva. No era ilustre su familia; pero era

T. 9.

P. 433.



STO TOMÁS
DE VILLANUEVA, ARZOB.